

El 15 de abril (25 de germinal), la division de Friant cercó á Boulaq haciendo llover sobre aquella desgraciada poblacion una granizada de bombas y granadas. Favorecidos por este fuego se arrojaron los soldados al asalto pero encontraron una viva resistencia de parte de los habitantes y de los turcos. Cada calle, cada casa, era teatro de un combate encarnizado. Kléber mandó suspender por un momento tan horrible carniceria, á fin de ofrecer á los rebeldes un perdon que se negaron ellos á admitirle. El ataque comenzó de nuevo, propagándose el fuego de casa en casa y sufriendo Boulaq dos males á un tiempo, el incendio y el asalto. Sin embargo, habiéndose arrojado los principales de la poblacion á los pies del vencedor, Kléber mandó cesar la efusion de sangre y salvó los restos de aquel desgraciado arrabal. Siendo aquel barrio donde estaban situados los almacenes del comercio, se halló en ellos inmensa cantidad de mercancías que se salvaron de las llamas en beneficio del ejército.

Tan horrible espectáculo habia sido visto por todo el vecindario del Cairo, y aprovechando Kléber el efecto que necesariamente habia de haber producido, mandó dar un ataque á la misma capital. Habíase hecho una mina debajo de una casa contigua á la del cuartel general y ocupada todavía por los turcos, y aplicando fuego á la mina voló la casa con cuantos turcos y rebeldes estaban dentro. Esta fué la señal del ataque. Las tropas de Friant y de Belliard desembocaron por todas cuantas salidas tenia la plaza de Ezbekyeh, mientras aparecian el general Reynier por las puertas del lado del norte y del este y mientras arrojaba

Verdier desde las alturas de la ciudadela multitud de bombas contra la ciudad. Fué encarnizada la pelea. Las tropas de Reynier salvaron la puerta de Bal-El-Charyeh situada á la estremidad del gran canal, y empujando y trayendo por delante de sí arrollados á Ibrahim-Bey y Nassif-Pachá que defendian aquel punto, los acorralaron contra la 9.^a media brigada, la cual habiendo penetrado en la ciudad por el lado opuesto, todo lo derribaba y atropellaba en su camino que seguia victorioso. Los cuerpos franceses llegaron á reunirse despues de haber hecho en sus contrarios una carniceria horrorosa. La noche separó á los combatientes habiendo perecido varios miles de turcos, mamelucos y sublevados, y quedando incendiadas cuatrocientas casas. Este fué el último esfuerzo de la rebelion. Los habitantes, que habian estado largo tiempo deteniendo á los turcos, ya entonces les suplicaron con el mayor empeño que saliesen del Cairo y les dejasen de esta manera en libertad de tratar con los franceses. Kléber á quien estas escenas de sangre repugnaban y que queria economizar la de sus soldados, deseaba vivamente entrar en negociaciones. Los agentes de Murad-Bey le sirvieron de mediadores y el tratado se concluyó muy pronto. Nassif-Pachá é Ibrahim-Bey hubieron de retirarse á Siria escoltados por un destacamento del ejército francés. Fueles perdonada la vida por única condicion y salieron del Cairo el 25 de abril (5 de floreal) dejando á la merced de los franceses á los desgraciados á quienes habian incitado á rebelarse.

De esta manera terminó aquella lucha sangrienta empezada con la batalla de Heliópolis el

30 de marzo, y concluida el 25 de abril, con retirarse los últimos lugar-tenientes del visir, después de haber estado peleando treinta y cinco días consecutivos, por un lado veinte mil franceses, y por el otro las fuerzas todas del imperio Otomano, auxiliadas por los levantamientos de las ciudades egipcias. Graves faltas habían producido aquel alzamiento, y provocado aquella terrible efusión de sangre, pues en efecto, si los franceses no hubiesen dado muestras de retirarse, jamás los egipcios se hubieran atrevido á sublevarse, y habría quedado reducida aquella campaña á un combate de mas lucimiento que peligro, entre nuestros cuadros de infanteria y la caballeria turca; pero con empezarse á dar pasos para evacuar, se causó que rompiese el pueblo en tumultos en algunas ciudades, las cuales fué necesario después recobrar asaltándolas, lo cual fué mas mortífero que una batalla. Olvidemos las faltas de Kléber para hacer justicia á su conducta brillante y vigorosa. El mismo que no había creído posible defender contra los turcos á Egipto cuando estaba sumiso y tranquilo acababa de conquistarle contra los mismos, en treinta y cinco días, teniendo á los egipcios sublevados, y empleando tanto vigor como humanidad y prudencia.

Todas las ciudades del Delta habían quedado enteramente sometidas, y el destacamento turco de Dervich-Pachá había sido arrojado del alto Egipto por Murat-Bey. Por todas partes temblaban los vencidos ante el vencedor, y aguardaban un castigo terrible. Los habitantes del Cairo especialmente, que habían cometido crueldades espantosas con los árabes adictos á los franceses, y con

los cristianos de todas las naciones, estaban aterrados; pero Kléber que era tan hábil como humano, se habría guardado bien de corresponder á estas crueldades con otras semejantes. Kléber sabía que la conquista, la cual no puede menos de ser odiosa á los pueblos, no llega á ser tolerable á los ojos de quienes por ella padecen, sino va sucedida de un buen gobierno; y que es imposible legitimar ante las naciones civilizadas, sino cuando sirven de principio al cumplimiento de designios grandes. Por consiguiente se apresuró á hacer un uso moderado de su victoria. Y cuando los egipcios estaban persuadidos de que los iba á tratar duramente, y creían que la pérdida de sus cabezas y bienes serviría de espiacion al crimen de los que se habían rebelado, Kléber los juntó, les puso al principio un semblante severo, y los perdonó después, limitándose á imponer una contribucion sobre las ciudades rebeldes.

El Cairo pagó diez millones de francos, lo cual no era mucho para una ciudad tan importante, y los habitantes se consideraron como muy felices con verse libres á tan poca costa. Otros ocho millones fueron impuestos á las ciudades rebeldes del bajo Egipto.

Estas cantidades sirvieron para pagar en el momento los haberes atrasados y los viveres de que tenia necesidad el ejército, y para atender á los heridos y acabar las fortificaciones empezadas. Fué esta exaccion un recurso precioso, mientras se mejoraba el sistema tributario y se recaudaban los impuestos. Otro recurso inesperado vino á presentarse. Setenta embarcaciones tur-

cas acababan de entrar en los puertos de Egipto para transportar el ejército francés, y las últimas hostilidades daban á éste derecho para detenerlas en su poder. Estaban cargadas de mercaderías que se vendieron en beneficio del ejército, y gracias á estos diferentes recursos, se proveyó abundantemente á toda clase de servicios sin necesidad de imponer exacción alguna en numerario. El ejército se halló en la mayor abundancia, y los egipcios que no esperaban verse libres á tan poca costa, se sometieron con la resignación mas completa. El ejército envanecido con sus victorias, confiado en sus fuerzas, y sabiendo que el general Bonaparte estaba al frente del gobierno, no dudaba ya de que vendrían pronto á su socorro. Kléber por otra parte habia conquistado en los campos de Heliópolis la disculpa mas noble de sus faltas de un momento.

Reunió despues á los gefes de la administración militar y á las gentes mas instruidas del pais para arreglar las rentas de la colonia. Volvió á los cophtos el encargo de recaudar las contribuciones directas, de lo cual ya habian estado encargados antes, y creó algunos derechos de aduanas y sobre consumos. El total de los productos debia ascender á veinte y cinco millones, lo cual alcanzaba á cubrir todas las necesidades del ejército, que no pasaban de ser de diez y ocho á veinte millones. Dió asimismo entrada en las filas de nuestras medias brigadas á algunos cophtos y sirios y hasta á negros comprados en el Darfour, á los cuales empezaron á enseñar algunos oficiales que hablaban ya la lengua de aquellas tierras. Estos soldados visoños metidos en cuadro combatian

luego en ellos tan bien como los franceses, á cuyo lado tenian la honra de servir. Kléber dispuso que se acabasen los fuertes empezados al rededor del Cairo, y que se hiciesen algunos trabajos de los de Lesbeh, Damietta, Burlos y Roseta que estaban situados en las costas. Activó extraordinariamente los trabajos de Alejandria, y dió nueva actividad á las sabias investigaciones del Instituto de Egipto. Desde las cortaduras hasta la embocadura del Nilo, todo recibió el aspecto de un gobierno sólido y duradero. Dos meses despues volvieron á aparecer en el Cairo las carabanas de Siria, de la Arabia y del Darfour, y la acogida hospitalaria que tuvieron les daba seguridad para su vuelta.

Si Kléber hubiese vivido, seguramente habriamos conservado á Egipto á lo menos hasta el dia de nuestros grandes infortunios. Pero un suceso lastimoso iba á privarnos de este general en medio de sus hazañas y juicioso gobierno.

Nunca se ofende gravemente sin peligro á los grandes sentimientos de la naturaleza humana. El Islamismo todo, estaba conmovido con la presencia de los franceses en Egipto. Los hijos de Mahoma habian vuelto á sentir aquella exaltación que en tiempos antiguos los habia impelido contra los cruzados. Oyóse resonar como en el siglo XII, el grito de la guerra santa, y algunos fanáticos de entre ellos hicieron voto de pelear en la batalla sagrada, que consistia en dar muerte á un infiel. En Egipto, donde veian á los franceses de cerca, donde su humanidad era justamente apreciada, y donde se los podia comparar con los soldados de la Puerta, y principalmente

con los mamelucos; en Egipto en fin, donde todo el mundo era testigo de su respeto al profeta (cuyo respeto habia sido recomendado por el general Bonaparte), era menor la aversion que se les tenia; y cuando abandonaron mas tarde aquella tierra, el fanatismo se habia ido insensiblemente apagando. En algunas partes habianse advertido durante la última insurreccion señales indudables de adhesion y afecto á nuestros soldados hasta el punto de causar verdadero asombro en los agentes ingleses. Pero en el resto del Oriente solo se tenia en cuenta una cosa; la invasion de los infieles en un vasto territorio de musulmanes.

Un jóven, natural de Alepo, llamado Suleiman, estremado y arrebatado hasta lo sumo en su celo religioso, que habia hecho varios viages á la Meca y á Medina, que habia estudiado en la mezquita de El-Azhar, la mas rica y célebre del Cairo y donde se enseña el Coran y la ley turca, y el cual finalmente queria ser uno de los doctores de la fé, se hallaba errante por Palestina, cuando atravesaron por allí los restos del ejército del visir. Su imaginacion acalorada se conmovió profundamente al presenciar los padecimientos y la desesperacion de sus correligionarios; y el agá de los genizaros que le habia visto, aumentó su fanatismo con sus propias sugerencias. Habiendo ofrecido aquel jóven asesinar al general Kléber, ó como ellos le llamaban el sultan de los franceses, recibió un dromedario y cierta cantidad para hacer el viage. En seguida se dirigió á Gazah, atravesó el desierto, llegó al Cairo, y permaneció muchas semanas encerrado en la gran mezquita,

donde eran recibidos los estudiantes y viageros pobres á espensas de aquel piadoso establecimiento. Las ricas mezquitas son en Oriente lo que eran antiguamente en Europa los conventos; allí se encuentra la piedad, hospitalidad y la enseñanza religiosa. El jóven fanático confió su proyecto á cuatro chaiques principales de la mezquita que eran los directores de la enseñanza, y aterrados por aquella resolucion y consecuencias que podria traer consigo, le dijeron que su proyecto era irrealizable y que iba á causar grandes desgracias á Egipto: pero se guardaron sin embargo de dar parte de ello á las autoridades francesas.

Resuelto aquel desgraciado á llevar á cabo su resolucion, se armó de un puñal, y siguió muchos dias á Kléber; pero no habiendo podido acercarse á él trató entonces de penetrar en el jardin del cuartel general y ocultarse allí en una cisterna abandonada. Hecho esto, se presentó á Kléber el 14 de junio á tiempo que se estaba paseando con el arquitecto del ejército llamado Protain, indicándole los reparos que debian hacerse en la casa del cuartel general para borrar las señales de las bombas y granadas. Acercóse entonces á Kléber como para pedirle una limosna, y mientras este se disponia á escucharle se arrojó sobre él y le clavó muchas veces el puñal en el corazon. Kléber cayó en el suelo á la violencia de los golpes y el arquitecto Protain que llevaba un baston, se arrojó sobre el asesino y le dió con él un recio golpe en la cabeza, pero al mismo tiempo cayó tambien herido de una puñalada. A los gritos de las dos victimas acudieron los soldados, levantaron á

su general moribundo, y buscando al asesino, le hallaron agazapado detrás de un monton de escombros.

Algunos minutos despues de esta escena trágica ya habia espirado Kléber. El ejército derramó lágrimas amargas por su muerte, y los árabes mismos que habian admirado su clemencia despues de la rebelion, unieron su sentimiento al de nuestros soldados. Una comision militar que se reunió al punto juzgó al asesino, el cual lo confesó todo, y fué empalado conforme á las leyes de su patria. Los cuatro chaiques á quienes Suleiman habia confiado su secreto, fueron degollados. ¡Se creyeron necesarios tan sangrientos sacrificios para la seguridad de los gefes del ejército! ¡Vana precaucion! Con Kléber habia perdido el ejército un general, y la colonia un fundador, al cual ninguno de los gefes que habian quedado en Egipto podia reemplazar. Con perder á Kléber en una palabra, habia perdido Francia á Egipto. Menou, que le sucedió por antigüedad, era un partidario ardiente de la espedicion: mas á pesar de su celo, aquel mando era superior á sus fuerzas. Solo un hombre podia igualar y aun sobrepujar á Kléber en el gobierno del Egipto, pero ese se habia embarcado tres meses antes en el puerto de Alejandria con direccion á Italia, y habia venido á morir en Marengo en el mismo dia y casi en el mismo instante en que moria Kléber en el Cairo. Hablamos de Desaix. Ambos murieron el 14 de junio de 1800 para que se cumpliesen los vastos designios del general Bonaparte. ¡Singular destino de aquellos dos hombres que siempre fueron juntos durante su vida, que vi-

nieron luego á juntarse el dia de su muerte, y que sin embargo se diferenciaban tanto en sus cualidades físicas y morales.

Kléber era el hombre más hermoso del ejército. Su alta estatura, su noble figura que declaraba toda la altivez de su alma, su valor á la vez atrevido y sosegado, y su entendimiento agudo y sólido eran causa de que en los campos de batalla fuese entre los generales, aquel cuya presencia imponia mas respeto. Su talento era brillante y original, pero poco cultivado. Leia continua y esclusivamente á Plutarco y á Quinto Curcio, buscando en ellos el alimento de las grandes almas, la historia de los héroes de la antigüedad. Era caprichoso, indocil y murmurador. Decíase de él que no queria ni mandar ni obedecer, y era verdad. Sirvió á las órdenes del general Bonaparte pero murmurando siempre, ejerció otras veces el mando, pero bajo nombre ageno, bajo el del general Jourdan por ejemplo; y cuando en medio del fuego tomó el mando en gefe, como por una especie de inspiracion y le ejerció como militar superior, despues de la victoria volvió á su papel de lugar-teniente, que preferia á los demas. Kléber era licencioso en sus costumbres y en su lenguaje, pero íntegro y desinteresado como eran generalmente todos en aquel tiempo, por que la conquista del mundo no habia aun corrompido los caracteres.

Desaix casi era lo contrario en todo. Sencillo, tímido y hasta un poco torpe, y con la cabeza cubierta por una cabellera crecida; no tenia aspecto alguno militar. Pero valiente hasta la heroicidad en los combates, bueno con sus soldados,

modesto con sus compañeros y generoso con los vencidos, todo el ejército le adoraba lo mismo que los pueblos conquistados por nuestras armas. Su entendimiento profundo y bien cultivado, su inteligencia en materias militares, su aplicación al cumplimiento de las obligaciones de su cargo, y su desinterés, le hacian un modelo completo de todas las virtudes guerreras; y mientras Kléber, indócil, desobediente, no podia sufrir clase alguna de superioridad, Desaix era obediente como si no hubiera sabido mandar. Bajo un aspecto tosco ocultaba un alma ardiente y en gran manera susceptible á exaltarse. Aunque educado en la severa escuela del ejército del Rhin, se habia entusiasmado por las campañas de Italia, y quiso ver con sus propios ojos los campos de batalla de Castiglione, Rivoli y Arcola. Al recorrer aquellos campos, teatros de una gloria inmortal, encontró sin ir en su busca al general en jefe del ejército de Italia á quien cobró un afecto apasionado. ¿Qué homenaje mejor que la amistad de ese hombre? El general Bonaparte agradeció vivamente aquel afecto. Estimaba á Kléber por sus grandes cualidades militares, pero ni por el caracter ni por el talento ponía á persona alguna al lado de Desaix. Rodeado de compañeros de armas que no le habian perdonado su elevacion, aun cuando le manifestaban una sumision solícita, ademas de apreciar el mérito de Desaix, veía y apreciaba en él una adhesión pura, desinteresada, y fundada en una admiración profunda. Sin embargo, ocultando el secreto de su preferencia y aparentando ignorar las faltas de Kléber, trató del mismo modo á este y á Desaix,

concediendo, como veremos despues, honores iguales á dos hombres á quienes la fortuna habia confundido en un mismo destino.

Por lo demás, todo permaneció tranquilo en Egipto despues de la muerte de Kléber. El general Menou apenas tomó el mando, hizo salir inmediatamente de Alejandria un buque, *el Osiris*, para que anunciase á la Francia el buen estado actual de la colonia y el lastimoso fin de su segundo fundador.